

UNA TARDE MARTIANA EN LA CASA DE ÁFRICA

Dr. Rodolfo Sarracino

Con unos pocos días de antelación fui invitado por el cro. Alberto Granado Duque, Director de la Casa de África, a impartir en la tarde del sábado 18 de octubre una conferencia sobre mis investigaciones en Nigeria que condujeron a la obra *Los que volvieron a África*. Tratándose de África, no podía negarme. No fue en verdad una tarea demasiado difícil porque debía referirme a aquellos días de intensa actividad que hoy me parecerían imposibles de realizar, y que nunca abandonaron mi memoria.

Se iniciaron con la decisión del Ministerio de Relaciones Exteriores, en 1979 dirigido por el cro. Isidoro Malmierca, de enviarme como Encargado de Negocios a esa segunda madre patria de los cubanos, en cuya presidencia se encontraba Alhadji (el que estuvo en la Meca) Shegu Shagari,

La posible complicación, que conocí como una posibilidad a pocas horas de la ocasión, era que podría estar presente la embajadora de Nigeria en Cuba, S. E. Laraba E. Bhutto, en momentos en que se despedía de nuestro país.

Para explicar las razones que me movieron a incluir una tarea académica en mi plan de trabajo en Nigeria, que incluía como prioridad absoluta la visita a Lagos del Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, mencioné a los asistentes mi grado de licenciado en Historia en la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana, mis contactos con los compañeros Zoila Lapique Becali, Manuel Moreno Friginals, Pedro Deschamps Chapeaux, y el Dr. Julio Le Riverend en la acogedora Sala Cubana de la Biblioteca Nacional. Hablé sobre todo de las ideas de este último sobre de las enormes dificultades que suponían armonizar dos objetivos tan disímiles en una misión diplomática.

Mi amigo Deschamps me recordó por aquellos días sus conversaciones con viejos libertos que le habían informado que conocían de primera mano a compañeros que habían viajado de regreso a África. No bastaban estas afirmaciones: se imponía hallar algún documento, descendientes, alguna huella de sus vidas en Nigeria, entonces una colonia prometedora de Inglaterra, que evidenciaran esa presencia en la capital nigeriana o en el interior del país.

Describí mis lecturas y relecturas iniciales de nuestros clásicos africanistas y el cubo de agua fría que recibí al leer la obra clásica de Fernando Ortiz, *Los Negros Esclavos* (1916) en la que el Maestro afirma categóricamente que ese viaje era “imposible”, resultado de rumores que debían ser “un error de mis pobres informantes”.

Y la confianza reiterada de Deschamps en sus propias fuentes, que según afirmaba, eran hombres “honestos” e incapaces de inventar una historia semejante.

Me incliné ante la sinceridad de Deschamps y a la búsqueda en tiempo libre dediqué mis primeros meses de estancia en Lagos. Me habría complacido haber podido afirmar, en presencia de la embajadora nigeriana, que el hallazgo fuera resultado de alguna actividad académica, por ejemplo, una o varias conversaciones con intelectuales nigerianos, que en verdad tuvieron lugar sin resultado, o algún documento hallado en los archivos del país, pero fue en realidad un hombre de avanzada edad del pueblo quien me orientó hacia la dirección de la familia de Hilario Campos en la plaza del mismo nombre en el centro de la ciudad, que vivía en una casa de porte llamada “The Cuban Lodge”, “el albergue cubano”, cuyo patio central disponía de viviendas utilizadas para acomodar, según me informaron, a los viajeros de Cuba que regresaban a Lagos.

Me alcanzó el tiempo para conversar acerca de mis contactos con esa familia y otras por cuyo conducto pude conocer, y de las cartas que hicieron posible relacionarme con realidades en duda o desconocidas por nuestra historiografía. Aparecieron muestras arquitectónicas, documentos, fotografías, costumbres cubanas en Lagos. Las varias familias de origen “cubano” y las generaciones de descendientes se convirtieron en una cadena literalmente interminable que evidenciaba la presencia de centenares o miles de “cubanos” ubicados en varios centros urbanos del país. Estuve en el cementerio de Lagos, en busca de las tumbas, decorosamente señaladas con mármoles que indicaban con sus nombres y apellidos el origen “cubano” de los fallecidos.

Durante mis vacaciones en Cuba, visité a sus familiares de la familia Muñiz en la provincia de Matanzas. Comprobé que algunos de sus miembros habían cumplido misiones internacionalistas en Angola y Mozambique.

Y los siete años posteriores los dediqué a investigaciones en los archivos de Londres, Madrid y La Habana, y a mis intercambios con la academia brasileña, teniendo como Institución académica principal al Centro de Estudios Avanzados Multidisciplinarios de la Universidad de Brasilia, en el único país que registra un retorno similar al nuestro, si bien más numeroso. Desarrollamos estudios paralelos que nos llevaron a la conclusión de la existencia de una comunidad afrocubana del Atlántico, surgida espontáneamente, sin que, salvo la filial, mediase influencia política o económica, y la voluntad de regresar a la madre patria de quienes fueron literalmente arrancados de su medio en un genocidio cuyos efectos perduran hasta nuestro días y aún distan de haberse superado. La realidad que el número de emigrados que retornaron al continente, de una u otra manera mencionados en nuestra obra,

asciende a 750, distribuidos a lo largo y ancho del más poblado de los países sursaharianos, nos hizo concluir que su total puede haber ascendido a miles.

Pero como nuestra estancia en Nigeria (1980-1982) estuvo también marcada por la preparación y finalmente la visita de alto nivel que realizara el Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, también me referí a las numerosas anécdotas que protagonizara durante su visita, en la que se hizo evidente su formación martiana, su agudo sentido de la observación, su conocida cultura general y en particular musical. Era frecuente en él, por ejemplo, la identificación de las células rítmicas de los instrumentos de percusión nigerianos, de tanta afinidad con los cubanos.

Son inolvidables sus observaciones sobre la similitud del carácter de las personalidades nigerianas, militares y civiles, que conoció aquellos días, con el pueblo cubano. Apreció su sentido del humor, sus risas ruidosas y espontáneas y la alegría del privilegio de tener entre ellos a un legendario héroe de la Revolución Cubana.

La cultura musical de quien era, hacía ya tiempo, un consumado compositor, a cada momento de ceremonias y entremeses musicales, me hacía recordar su origen. Un momento de particular hilaridad tuvo lugar cuando, durante el normal desenvolvimiento del programa descendió de un avión que nos llevó al centro del país a una región productora de azúcar, con extensos campos de caña. Al descender por las escalerillas de la nave lo aguardaban una guardia de honor y una banda de música que lo obsequiaba con una marcha de elevado tono marcial. Esto lo dejó pensativo y poco después de recorrer el tramo de honor, me comentó que le sorprendía que hubieran trasladado la misma guardia de honor que lo había recibido, la misma banda de música que tocó la misma marcha simbólica de un imperio europeo, que enseguida identificó como la Marcha Triunfal de Aída, de Verdi. Y se preguntaba si no habría alguna marcha nigeriana que tocar.

Sin un minuto de descanso fuimos trasladados, en medio del caluroso verano del centro de Nigeria, donde el sol literalmente caía sobre las personas y las cosas como plomo fundido, y al llegar a los cortes de caña observó consternado que eran mujeres las que cortaban la caña y se fijó particularmente en una, que mocha en mano hacía su penosa tarea con un niño atado a la espalda. Inesperadamente y ante la sorpresa de su guardia personal, se movió hacia ella, que volvió la cara para observar a quien se le acercaba. Bañada en sudor, quedó paralizada por la obvia importancia de la personalidad que la miraba fijamente. El cro. Almeida la tomó delicadamente en sus brazos, acercó su rostro al de ella y la besó en la mejilla tiernamente, como quien besa a una hija o a una hermana.

Inmediatamente extendió su mano, le retiró la mocha, le pidió a todos que no nos moviéramos y se puso a cortarle caña como un domingo de trabajo voluntario en

alguna provincia cubana. No fue, por cierto, sólo un plantón simbólico. Fueron varios. Y casi inmediatamente después nos retiramos. Los nigerianos responsables conversaban agitadamente entre sí.

Ya en camino del comedor, me atreví a un comentario levemente referido al peligro de su gesto. El Comandante me dijo, con una sonrisa en el rostro: “no te preocupes, Martí hubiera hecho lo mismo”.

Y con esa anécdota tan reveladora de un profundo ideario martiano, ejemplo de la solidaridad y humanidad de nuestro Comandante, concluí mis palabras esa tarde en la Casa de África. Tuvo lugar después un debate en el que participaron embajadores cubanos con misiones cumplidas en el continente hermano, miembros de la Asociación de combatientes con experiencia angolana, y otras personas.

La Embajadora hizo uso de la palabra. Comentó favorablemente nuestra intervención y dijo al final que por vez primera en Cuba, al final de su estancia, había escuchado varias cosas sobre su país que ella ignoraba. Y nos informó que el entonces presidente Shagu Shagari, muy anciano, continúa con vida. Nos retratamos juntos. Expresó vivamente que mi libro debía ser publicado de nuevo y traducido para su distribución y venta en su país, y finalmente me invitó a regresar en una nueva visita a la Nigeria de Bujumbura.